

modo la inteligencia eterna, contemplándose á sí misma, engendra eternamente su Verbo, la grande palabra de la naturaleza divina, su Hijo verdadero, su verdadera imagen; pero sustancial, viva, perfecta, Dios como Él mismo, y como esa inteligencia y ese Verbo, complaciéndose el uno en el otro, producen eternamente al Espíritu Santo, su amor coeterno que los une juntamente, Dios verdadero también con ellos, y como ellos.

Así, en esa Trinidad, un solo Hijo agota una fecundidad infinita; un solo Espíritu Santo termina un infinito amor; ni la unidad de naturaleza confunde las personas, ni la Trinidad de personas divide la naturaleza.

Así, en esa augusta Trinidad, la generación es siempre perfecta y se repite siempre: la procesión ó procedencia es siempre completa y siempre se renueva.

Veo de qué modo el Hijo es engendrado por el Padre, sin serle posterior en el tiempo; de qué modo el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, sin serles inferior por condición. Cada persona es eterna, omnipotente, inmensa; cada persona es Dios; y, sin embargo, puesto que es la misma naturaleza la que en todos tres se repite toda entera, sin disminuirse, sin destruirse, no son tres Dioses, tres Infinitos, tres Eternos, tres Omnipotentes, sino un solo Todopoderoso, Eterno, Infinito.

Pero ¿en dónde estoy? Mientras ese arcano, que ya no lo es para mí, fija toda mi admiración por su sublimidad, hé ahí que el misterio de la Encarnación del Verbo me atrae á Él, por el encanto nuevo de su gracia. ¡Cuán estúpido fué el judío que se escandalizó de Él!... ¡Cuán insensato el gentil que no quiso admitirle!... ¡Cuán digno es ese misterio de la Majestad divina!... ¡A mis ojos se descubren las profundidades, los abismos de la Sabiduría infinita que concibió la idea de ese misterio, del amor infinito que fué su motivo, del poder infinito que supo cumplirle. ¡Cuán grande y sublime es esa obra de

Dios por excelencia!... ¡Sí, vuestra obra, Dios mio!... *Opus tuum*: esa obra que se ha realizado en medio de los tiempos, en un rincón de la tierra, y que reunía lo pasado y el porvenir, el cielo y la tierra, el tiempo y la eternidad, el Criador y la criatura: esa obra que lo ha encerrado todo, perfeccionado todo, divinizado y restaurado todo en el solo y único mediador y reparador de todo, Jesucristo!... *Instaurare omnia in Christo*.

Y así como en la Santísima Trinidad veo claramente tres Personas en una sola naturaleza, del mismo modo en la Encarnación veo dos naturalezas, dos voluntades en una Persona. Descubro el lazo secreto é indisoluble formado por el Espíritu Santo, y por el cual la divinidad y la humanidad en Jesucristo, dos naturalezas infinitamente distintas una de otra, están unidas en una hipostasis maravillosa y única, y, sin embargo, no son más que un solo y mismo Jesucristo, en el que ni la humanidad degrada á la divinidad, ni ésta ha absorbido á la humanidad; sino que la humanidad aparece más noble y más elevada, y la divinidad más graciosa y más amable.

Comprendo ahora que todo lo que me parecía contradicción é imposibilidad en ese enigma de la Sabiduría y del poder divino, no es más que un aumento de encantos y de gracias, no es más que evidencia y nueva claridad de todo lo que allí hubo de más luminoso, de más comprensible en los esplendores de la verdad. Veo de qué modo el Verbo ha llegado á ser verdaderamente Hombre sin cesar de ser Dios: de qué modo la augusta Madre que le dió á luz llegó á ser madre sin cesar de ser virgen: de qué modo el mismo Jesucristo, sin cesar de ser Dios, se ofreció á Dios como víctima: de qué modo, Hijo del Hombre, fué el reparador del hombre: de qué modo murió sin cesar de ser realmente inmortal: de qué modo, inmolado por la salud de los hombres,

mereció la vida beatífica á los ángeles mismos; y de qué modo, cumpliendo sobre la tierra su sacrificio, extendió sus influencias y efectos hasta á los habitantes de los cielos, Pacificador universal del mundo celestial y del mundo terrestre (1).

Como toda la religión y toda la doctrina cristiana es el reflejo de la sabiduría infinita de Jesucristo, contemplando esa sabiduría en el rostro mismo de Dios humanado, bebo en su fuente, veo en su idea primera, sin velos, sin intermediarios, sin enigmas, toda la profundidad, toda la excelencia, toda la gracia de esa Religión, de los misterios que contiene, de las leyes que impone, de los sacrificios que exige, de los auxilios que presta, y de las recompensas que promete.

¡Cuán feliz soy en haber creído como si hubiese visto!... ¡Ahora que veo todo lo que he creído, me hallo bien recompensado de mi fe!... ¡Cuán satisfactorio es para mi inteligencia el ver desarrollarse delante de mí todo el plan de los designios de Dios!... Veo distintamente de qué manera la sabiduría de Dios gobierna el universo en el orden de la naturaleza, pero mirando al orden de la gracia: y de qué modo dispensa y administra los dones de la gracia, pero con la mira de la gloria. ¡Cuán poderosa, á la par que suave, es la acción de su gracia!... Veo con qué inefable atractivo hace plegar la voluntad sin violentarla ni compelerla; de qué modo cambia el corazón sin esclavizarle; de qué modo le conduce de un extremo al otro del mundo moral, del error á la verdad, del vicio á la virtud, de la imperfección á la perfección, sin despojarle jamás de su libertad. Ni la predestinación de los elegidos tiene nada de parcial, ni la condenación de los réprobos nada de injusto. ¡Cuánto más hubiera yo amado á Dios si hubiese podi-

(1) Pacificans sive quæ in cœlis, sive quæ in terra sunt. (Coloss., I, 20.)

do ver de qué manera, en el santuario del amor infinito, ha sido determinada y operada mi salvación eterna!... ¡Ahora veo, Dios lleno de misericordia, esas vías secretas, esas industrias tan afectuosas por las cuales me salvasteis de tantos escollos y peligros, y de qué modo convertisteis en provecho mio los obstáculos más contrarios, y aun los acontecimientos más fortuitos. Por vuestros cuidados hicisteis contribuir á la obra de mi salvación eterna la injusticia de mis perseguidores y las maquinaciones de vuestros pérfidos adversarios.

¡Cuántos misterios de amor y de gracia me han sido revelados en la contemplación del Sagrado Corazón de Jesús!... En ese corazón, foco de amor infinito, fué *ideado* y preconcebido el misterio de los misterios, el prodigio de los prodigios, el grande milagro de la Eucaristía. Veo en él claramente que así como mi palabra hablada ó escrita, siempre la misma, toda entera, sin partirse ni dividirse, se reproduce en el ánimo de cuantos la escuchan ó la leen, sin que por eso abandone mi espíritu, así también en la Eucaristía, el Verbo encarnado, sin dejar el seno del Padre Eterno, que le engendra desde toda eternidad, se da sin división ni partición, siempre el mismo, á todos los que participan de la sagrada comunión.

¡Oh!... ¡Cuántas cosas veo en una sola y misma cosa!... ¡Cuántos misterios descubro en un solo misterio!... El pecado original y sus desastrosas consecuencias hereditarias, la economía de los sacramentos y su eficacia, la excelencia de la ley y sus motivos, la fuerza de la palabra evangélica y sus conquistas, la obstinación de los judíos y su reprobación, la ceguedad de los gentiles y su vocación, la tolerancia del error que ha servido á la propagación y al triunfo de la verdad, la expiación del purgatorio, la eternidad de las penas y la indefectibilidad de las recompensas celestiales!

Pero en Jesucristo no sólo comprendo el mundo de la gracia, sino que veo también explicado claramente el mundo de la naturaleza. ¡Cuán cierto es lo que San Bernardo había dicho, que en esa patria de la visión veré en el Verbo todo lo que ha sido hecho por el Verbo, pues que en ese mismo Verbo se encuentra la idea arquetipa de todas las cosas, y todas las cosas subsisten en Él mucho mejor que en sí mismas (1).

Así la inteligencia infinita no me oculta nada de sus conocimientos, como el amor infinito no me rehusa nada de su bondad. Conozco todas las obras de Dios, como el mismo Dios que las ha hecho. La creación entera es un libro abierto á mi mirada, y comprende todo cuanto contiene de más recóndito y más íntimo.

Veo de qué modo el entendimiento eterno concibe la idea de las cosas, de qué modo el Verbo eterno las da la forma, y de qué modo el amor eterno las ordena, las realiza y las cumple.

¡Cuán profundos son los abismos! ¡Cuán inagotables los manantiales del poder infinito que da el sér á todas las criaturas!... Oigo esa palabra cuya virtud habla á la nada, y á la que la nada responde con docilidad; esa palabra que, cuando quiere y como quiere, llena el cielo y la tierra de maravillas siempre nuevas. ¡Oh! ¡Cuánto se le asemejan en la manera de ser y de operar esas criaturas, pensamientos y palabras de Dios, realizadas fuera de Dios, sin ser partes de la naturaleza divina!... Y en verdad, todo efecto, ¿no debe representar de una manera cualquiera su causa? Volviendo mis miradas á lo pasado, á los primeros días de la creación, veo á todas esas criaturas, al salir de la nada, regocijarse y sonreirse al Criador. Las veo rivalizar entre sí, y tener á mucho ho-

(1) Videbit in Verbo facta per Verbum. ubi melius sunt quam in se ipsis. (San Bernardo.)

nor el correr á revelar sus grandezas y bondades por todos los puntos del tiempo y del espacio, y volver en seguida, según su voluntad, á deponer á sus piés todo cuanto habían recibido de su liberalidad.

¡Inteligencias terrestres!... ¡Cuán estrechas sois y limitadas!... La mayor parte de las obras de Dios os es desconocida. Vuestra pretendida filosofía, vuestra supuesta ciencia de las causas, no es más que el supuesto conocimiento muy incompleto de los hechos, que la casualidad, más bien que vuestras observaciones, ha ofrecido á vuestra vista, y por los cuales explicáis ó pretendéis explicar otros hechos. Pero la esencia misma de los cuerpos, las causas íntimas de sus virtudes y propiedades, las verdaderas causas de los fenómenos visibles os son desconocidas. La naturaleza que tenéis á la vista, y aun bajo vuestra acción, es para vosotros un libro cerrado y sellado, tanto y quizá aún más que los secretos de la gracia. Aquí, en el cielo, únicamente aquí, convertido en un instante en sabio en la ciencia de Dios, penetro todas las causas naturales de los fenómenos. Descubro todas las leyes que Dios ha impreso á la materia; veo las naturalezas íntimas de los seres; comprendo los principios más ocultos, los fines últimos y las relaciones mutuas por las cuales dependen unos de otros, se enlazan en un solo todo, y forman las encantadoras armonías del universo.

Conozco en particular al mundo pequeño, al asombroso compendio del mundo grande, al hombre, que sobre la tierra, después de haber fatigado por espacio de muchos siglos la inteligencia de tantos sabios, es todavía un enigma incomprensible para el hombre mismo. Así como no puede ser reconocido un retrato si no es conocido el original de que ha sido sacado, del mismo modo yo no puedo reconocer al hombre, criado á imagen y semejanza del Verbo encarnado, sin compararle con ese sublime prototipo. La unión sustancial de la divinidad y

de la humanidad en Jesucristo, llega á ser para mí una luz divina, inmensa, que me explica el misterio de la unión igualmente sustancial del espíritu y de la materia en el hombre. Desde que conozco de qué modo hay en Jesucristo dualidad de naturalezas en unidad de personas, conozco de qué modo en el hombre hay dualidad de sustancias en la unidad de ser. Desde que conozco de qué modo en Jesucristo la humanidad es perfecta, pero no completa, porque la personalidad humana está suplida por la personalidad del Verbo, por manera que en Jesucristo hay dos naturalezas en una sola persona, conozco también de qué modo en el hombre el cuerpo es perfecto pero no completo, porque no tiene sér propio como los otros cuerpos: de otro modo, habría en el hombre dos seres: el sér del cuerpo y el del alma; y ya no habría unión sustancial entre el cuerpo y el alma, sino que el sér del cuerpo es suplido por el sér del alma.

Con el auxilio de esa luz veo maravillosamente unidos en ese pequeño mundo lo finito y lo infinito. Veo de qué modo el hombre, tan pequeño, abraza todo conocimiento por su entendimiento, recuerda todas las cosas por su memoria, se representa toda imagen por su *fantasia*, y abraza todo bien por su voluntad. *Intellectus est ad omnia.* (Santo Tomás.)

Veó de qué modo se opera el incomprensible prodigio de la palabra, cuando el hombre, con el sonido material de su voz, con los signos materiales de su escritura, transmite fuera de sí mismo su pensamiento, concepción enteramente espiritual, y reproduce en todos los que le escuchan ó le leen las concepciones intelectuales de su espíritu y los sentimientos inmatrimales de su corazón.

Veó de qué modo el alma se halla unida al cuerpo sin ser corporal, y de qué modo toda sustancia incorpórea, no obstante la forma sustancial por la cual subsiste el cuerpo, se alimenta, crece y se reproduce. De qué modo

crece el hombre en su persona, sin que su naturaleza numérica sea alterada: de qué modo su cuerpo, trasformándose y renovándose sin cesar por medio de la destrucción de sí mismo y de su reparación, se encuentra siempre el mismo: de qué modo se alimenta de sustancias exteriores, sin alteración de su propia sustancia: de qué modo, en fin, el alma, criada después del cuerpo para vivir con él, puede y debe, sin embargo, sobrevivir al cuerpo.

Conociendo al hombre, conozco toda la humanidad, la historia de todos los tiempos, el lenguaje, las costumbres de todos los pueblos, los descubrimientos de todos los sabios, la ciencia de todos los siglos.

San Gregorio había dicho: «¿Cómo se ha de ignorar en el cielo cosa alguna, pues que se conocerá y se verá al que conoce y ve todas las cosas?» (1).

¡Oh gloria!... ¡Oh felicidad!... Hé ahí que en un solo instante sé mucho más que todo lo que han sabido jamás todos los hombres reunidos de todos los tiempos, y estoy instruido de todo sin maestro; lo he aprendido todo sin aplicación, lo he entendido todo sin dificultad, he podido descubrir sin raciocinio las consecuencias más alejadas de los más altos principios, he podido leerlo todo sin libros, ó bien leerlo todo á la vez en el gran libro de la ciencia divina: para mí, el Cordero divino le ha quitado los sellos, y le ha presentado completamente abierto á mis ojos.

¡Oh vosotros que veláis por la noche, que os afanáis por el día, que os atormentáis de tantas maneras para no adquirir más que una sabia ignorancia!... Si tenéis la ambición de alcanzar la salvación eterna, servid á Dios, amad á Dios, aseguráos la visión de Dios, y en esa visión de Dios podréis satisfacer la sed de ciencia que os

(1) Quid nesciunt qui scientem omnia sciunt? (San Gregorio.)

devora: cuando poseáis á Dios, poseeréis toda luz, toda verdad, toda ciencia: *Quid nesciunt qui scientem omnia sciunt?*

## SEGUNDA PARTE.

Pero, á diferencia de las ciencias humanas, que con harta frecuencia no reglan más que el entendimiento, y son vanas y estériles para el corazón, la ciencia de Dios es activa, eficaz y fecunda: regenera y santifica el alma. «En cuanto se ve á Dios, en cuanto se ve á Jesucristo, por una consecuencia necesaria, dice San Juan, el alma bienaventurada copia á Dios, copia á Jesucristo en sí misma, y llega á serle semejante (1).» Para comprender esa sublime teología del discípulo amado, recordemos la magnífica filosofía de Santo Tomás, según la cual la naturaleza del entendimiento humano es tal, que toma la semejanza de todo lo que conoce (2). Cuanto más perfecto es el conocimiento, más perfecta es también la semejanza. Por manera que aun en este mundo acaece que por el acto del conocimiento, la cosa conocida se reproduce, se copia, nos parece todavía poco, es fotografiada de una manera intelectual en el espíritu que la conoce (3).

Pues bien; como los bienaventurados conocen á Dios claramente, no sólo en sus obras, sino también en su propia naturaleza como es en sí mismo, *sicuti est*, y le conocen, no con un conocimiento exterior, accidental, superficial, pasajero, sino con un conocimiento interior, esencial, profundo, eficaz y permanente, así, dice Santo Tomás, por el acto mismo de ese conocimiento tan per-

(1) Cum apparuerit similes et erimus, quia videbimus eum sicuti est. (*San Juan*, III, 2.)

(2) Intellectus fit omnia. (*Santo Tomás*.)

(3) Omne cognitum est in cognoscente. (*Ibid.*)

fecto, Dios, su naturaleza, sus atributos, se reflejan, se graban, se reproducen en el alma de los bienaventurados, que, absortos en la contemplación de las bellezas infinitas, se trasforman y llegan á ser semejantes al divino prototipo, al ejemplar universal: llegan á ser lo que ven (1).

De ahí se comprende la hermosa y magnífica semejanza de que se sirvió San Pablo para explicar ese misterio, cuando dijo: «Como un espejo colocado delante de un objeto reproduce su imagen, del mismo modo, purificados por la gracia, divinizados por la luz de la gloria, embellecidos por el amor, llegaremos á ser espejos purísimos colocados enfrente de Dios para contemplarle al descubierto en toda su majestad, y reproduciremos en nosotros su esplendorosa efigie, pero de tal manera, que, por la virtud omnipotente de su divino Espíritu, nosotros mismos seremos trasformados en otras tantas imágenes vivas y perfectas (2).»

Nosotros en este mundo no comprendemos cómo eso se cumplirá, pero sabemos que será así. No vemos ahora más que al que se encuentra en presencia de los numerosos fragmentos de un espejo roto, que ve su figura entera representada en cada uno de aquellos pedazos. «Pues bien, dice Santo Tomás, de la misma manera la divina efigie, la imagen del Sér increado, sin dividirse, sin alterarse, se repite toda entera y perfecta en el espíritu de los bienaventurados que la contemplan en el cielo (3).»

Pero la semejanza de Dios en los bienaventurados glorificados no es tan sólo una semejanza puramente inte-

(1) Id fiunt quod vident. (*Santo Tomás*.)

(2) Nos vero omnes revelata facie gloriam Domini speculantes, in eadem imaginem transformamur à claritate in claritatem tanquam à Domini Spiritu. (*II. Cor.*, III, 18.)

(3) Sicut apparent diversæ facies in speculo fracto. (*Santo Tomás*.)

lectual, es efectiva y anima la voluntad. También debemos observar la energía de esta palabra de San Pablo: *Transformamur*: lo que significa no sólo una simple copia sin vida y sin acción, sino una verdadera transformación, y en cierto modo una personificación nueva del divino prototipo: ¿tan perfecta debe ser la semejanza de nuestras almas con Dios?... «En efecto, dice San Agustín; Dios, en el cielo, lo es todo en todos, los abrasa á todos en su amor, y ese amor no podría extinguirse ni extenuarse, porque se alimenta perpetuamente de la misma contemplación (1).» Es decir, que de la felicidad de contemplar á Dios sin velo se sigue la necesidad de amarle sin medida. ¿Cómo sería posible conocer en todo su esplendor una belleza infinita y no amarla?... ¿Contemplar á descubierto todos sus encantos y perfecciones y no quedar extasiado?... No, el amor será inseparable de la visión, y la visión inseparable del amor; *Videbimus et amabimus*. Habrá allí adhesión perfecta del corazón y de la voluntad, así como del espíritu y de la inteligencia. Del mismo modo que todas las facultades intelectivas serán aplicadas á Dios, así también el alma se dirigirá hácia Dios con todos los afectos, con todos los deseos, con todo el impulso y la impetuosidad de que es capaz. Habrá allí como un flujo y reflujo, una circulación perpetua y recíproca de las llamas del amor divino, recibidas y devueltas de Dios al alma y del alma á Dios. Dios estará todo en el alma, como el alma estará toda en Dios; porque así como el objeto existe y se repite en el espíritu que le conoce, así el objeto amado existe y se repite en el corazón que ama (2).

¿Es posible que el corazón divino, rodeado y penetrado

(1) Deus es ibi omnia in omnibus; quem sine fine vident, et videntes in ejus amore ardent. (San Agustín.)

(2) Omne amatum est in amante, sicut omne cognitum est in cognoscente. (Santo Tomás.)

de las llamas de la caridad divina, investido de Dios, lleno de Dios, pueda no reproducir en sí mismo la semejanza de Dios? No, dice San Pablo; el que se une á Dios por la caridad, llega á ser un mismo espíritu, una misma cosa con Dios (1). En efecto, dice San Agustín: así como un pedazo de hierro arrojado al fuego toma de tal manera su ardor, su color y su naturaleza, que ya casi no se distingue de él, del mismo modo también los bienaventurados, sumidos en el hornillo del amor infinito, reproducen su claridad inmortal y sus santos ardores (2).

No se trata, pues, únicamente en el cielo de una semejanza lejana, simbólica, figurativa, imperfecta: no se trata de esa especie de unión tal como se obtiene acá abajo, y de que nos habla el Apóstol cuando nos dice participantes de la naturaleza divina (3), sino que se trata de una elevación distintamente inefable de la naturaleza humana, de una verdadera transformación del hombre en Dios. «El hombre, dice San Gregorio de Nacianzo, pasará la esfera de su naturaleza; llegará á ser Dios» (4). Por eso el Profeta nos representa á Dios en el cielo sentado en medio de una augusta asamblea de Dioses (5). Allí todas las diferencias son destruidas, todas las distinciones abolidas; no queda otra distinción que la de Criador y criatura, pero de criatura elevada por el Criador á una perfecta semejanza con Él, y convertida por gracia en lo que es por naturaleza. En efecto; la criatura recibida en el seno de Dios comienza á vivir la vida misma de Dios; el soplo de Dios la anima, su sustancia la alimenta, su sér la sostiene, su divinidad la deifica sin destruirla, y la da nueva forma sin quitarla su naturaleza: por manera

(1) Qui adhæret Domino, unus spiritus est. (I. Cor., vi, 17.)

(2) Coniuncti lumini facti sumus; sicut lux. (San Agustín.)

(3) Divinæ consortes naturæ. (II. Petr., i, 4.)

(4) Excedet homo suam naturam, Deus de homine evadens. (San Gregorio de Nacianzo.)

(5) Deus stetit in synagoga Deorum. (Salmo LXXXI, 1.)